

—¡Gran hipócrita!—murmuró rencorosamente y salió dando violentos portazos.

Atónita Leopoldina, encontró á Luisa buscando su sombrero con las manos aun temblorosas, pero con la mirada brillante y satisfecha.

—Me dió no sé qué y le llené la cara de bastonazos—dijo.

Leopoldina, petrificada, la miró.

—¿Le has pegado?—y comenzó á reir de pronto.

—¡Castro el banquero, el de los lentes, cubierto de palos! ¡Llevar Castro una paliza!

Arrojóse sobre la *chaise-longue* sofocada de risa.

—¡Castro el seductor! ¡Venir á casa de una amiga con seiscientos mil reis, y salir con una tanda de palos... y con su propio bastón! ¡Vamos, si el caso es para reventar de risa!...

—Lo peor ha sido lo del quinqué—dijo Luisa.

Leopoldina se levantó de un salto.

—¡El aceite! ¡Qué agujero tan fatal!...

Corrió á la sala y Luisa la halló delante de la obscura mancha, con los brazos cruzados, pálida, como si vislumbrase catástrofes próximas:

—¡Qué mal agujero, Dios mío!

—Echa sal en seguida.

—¿Es bueno?

—Deshace el agujero.

Leopoldina corrió, trajo sal y vertiéndola de rodillas, exclamó:

—¡Ay! Permita Nuestra Señora que no suceda nada mal! Pero ¡qué ocurrencia, vamos, qué ocurrencia!... ¿Y ahora, niña?

Luisa se encogió de hombros.

—Ahora, ya lo sé... ¡Sufrir!

XIII

Aquella misma semana sin recordar Jorge que era día de fiesta, encontró una mañana cerrada la oficina y volvió á casa á las doce. Juana hablaba en la puerta con la vieja que iba á vender huevos; la puerta de arriba estaba abierta, y así, entrando desapercibido, sorprendió á Juliana reclinada en la *chaise-longue* leyendo el periódico tranquilamente.

Al verle balbuceó:

—Tengo disculpa, señor. Me ha dado una palpitación tan fuerte...

—Tan fuerte que se puso á leer el periódico, ¿eh?—dijo Jorge apretando instintivamente el bastón.—¿Dónde está la señora?

—Debe estar en el comedor—dijo Juliana poniéndose á barrer.

Luisa no estaba en el comedor. Jorge la halló en el cuarto de plancha, despeinada, en *negligé* de mañana, trabajando muy afanada y triste.

—¿Pero, estás planchando?—exclamó.

Luisa enrojeció y dejó la plancha. Como Juliana estaba enferma y se había juntado una carga de ropa...

—Vamos á ver... ¿quién es aquí el ama y quién la criada?

Su áspera voz hizo palidecer á Luisa, que murmuró:

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que te encuentro planchando y á ella muy descansada en tu silla leyendo un periódico.

Luisa, atosigada se puso á revolver, doblar y sacudir ropa con manos trémulas.

—No puedes figurarte el quehacer que hay... La limpieza, el servicio... el planchado y esa infeliz delicada...

—¡Pues si está delicada que se vaya al Hospital!

—No, en eso no tienes razón.

—¡Estas condescendencias tienen que acabar!— dijo Jorge muy enfadado. —Que ese estafermo se dé buena vida, prospere en mi casa, se estire en mis sillas y se pasee y que tú la hagas el trabajo y la defiendas... ¡No! Es preciso concluir con eso. ¡Siempre disculpas y más disculpas! ¡Que se vaya al Hospital ó al diablo!

Luisa rompió en llanto y sollozos.

—¡Bueno! Ahora lloras... ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?

Luisa no respondió.

—Pero hija, ¿por qué ese llanto?—preguntó con ternura impaciente.

—¿Por qué me hablas así?—contestó limpiándose los ojos. —Sabes que estoy enferma y nerviosa y me tratas mal... Sólo sabes decirme cosas desagradables...

—¡Cosas desagradables! Pero, hija, si no te he dicho nada desagradable!...—dijo abrazándola conmovido.

Luisa se desasíó y con voz entrecortada dijo:

—¿Es crimen planchar? ¿Te enfadas porque trabajo y arreglo mis cosas? ¿Preferirías que fuese desarreglada? Esa mujer está enferma y si yo no ayudo, se queda todo sin hacer... ¡Y tú hablas sólo para disgustarme!

—No digas tonterías; es que no quiero que te canses.

—¿Por qué entonces me dices que la tengo miedo? —dijo volviendo á llorar.—¿Miedo de qué? ¿Por qué? ¡Qué despropósito!

—Bueno, pues no lo digo, no se hable más del asunto... pero no llores, vaya, ¡se acabó!

La besó y pasándole el brazo por la cintura la dijo dulcemente:

—Vaya, deja ahora la plancha. Ven... ¡qué niña eres!

*
*
*

Por bondad, por consideración á los nervios de Luisa, Jorge no habló en algunos días de "la pobre mujer". Pero no se olvidaba de ella; aquel estafermo con un pie en la sepultura le irritaba. Desde que sorprendió aquellos refinamientos lujosos en su cuarto la noche del desmayo, la ridícula bondad de Luisa... todo era extraño é irritante. Como estaba fuera todo el día y delante de él Juliana sólo tenía sonrisas para Luisa, creyó que había sabido hacerse por las intimidades de ama y criada, necesaria y querida. Aquello aumentaba su antipatía hacia ella, que no se tomaba el trabajo de disimular.

Luisa temblaba al verle seguir á Juliana con mirada rencorosa. Pero lo que más la hacía sufrir, era la manera adoptada por Jorge para hablar de ella con irónica veneración: la llamaba "la ilustre doña Juliana", "mi dueña y señora...". Si faltaba un vaso ó una copa, fingía aterrarse. "¡Cómo! ¿Doña Juliana se ha olvidado?... ¡Una persona tan perfecta!". Y tenía chistes que helaban de espanto á Luisa.

— ¿A qué sabía el filtro que te dió? ¿Era bueno?

Desde entonces, delante de él, no se atrevió á hablar á Juliana de manera natural; temía las sonri-

sas y los apartes de doble sentido. "Anda... dála un beso... se te conoce en la cara que estás deseando dárselo...". Recelando las sospechas de él y queriendo mostrarse *independiente*, comenzó á hablar á Juliana con brusca sequedad afectada, delante de él, y al pedirle agua ó un cuchillo, daba á la voz inflexiones de rencor.

Juliana, muy ladina, se puso en seguida al cabo de la calle y soportaba aquello en silencio. Quería evitar toda cuestión que perturbase su reposo. Sentíase muy mal y las noches que no podía dormir por sus ahogos asmáticos, pensaba con terror adónde iría si fuese despedida de aquella casa. ¡Al Hospital!

Tenia miedo á Jorge por esto.

— El se parece por cogerme en algún desliz grave y sacudirse de mí— decía á la tía Victoria,—pero no le he de dar gusto á ese buey manso.

Asombrada Luisa la vió poco á poco recomenzar á hacer el servicio aparentemente con celo; pero á veces no podía, vencida por la enfermedad; tenía flatos que la hacían caer en una silla, arqueándose con las manos en el corazón. Pero se rehacía. En una ocasión, viendo que Luisa limpiaba las consolas de la sala con un plumeró, se enfadó.

— ¿Hace el favor la señora de no meterse en mis servicios? Aun puedo, aun no estoy en la sepultura.

Entre tanto se consolaba con regalitos de golosinas. Durante todo el día picoteaba sopitas, croquetas y *puddings* de batata. Tenía en su cuarto gelatina y vino de Oporto y ciertos días hasta quería caldos de gallina por la noche.

— Con mi cuerpo lo pago— decía á Juana,— ya que trabajo como una negra, me aprovecho.

Un día, sin embargo, Jorge se enfadó más que de costumbre con la figura amarillenta de Juliana. Estaba nervioso por haber encontrado por la noche el

jarro vacío y el tocador sin toalla, y esto le irritó extraordinariamente.

—No estoy por consentir estos descuidos—gritó.

Luisa acudió á disculpar á Juliana.

Jorge mordiose el labio, se inclinó profundamente y exclamó con voz trémula:

—Perdón, no recordaba que la persona de Juliana es sagrada. Voy yo mismo á buscar el agua.

Luisa á su vez se disgustó. ¡Si habían de estar chocando á cada paso, mejor era despedir de una vez á la criada! ¿Creía él por ventura que estaba apasionada por Juliana? Si la conservaba era por ser buena sirvienta. Pero si por su causa había de haber entre ellos cuestiones, que se fuese. Era un martirio aquella ironía constante.

Jorge no dijo nada.

Aquella noche Luisa no pudo dormir, reflexionando en que aquello no podía prolongarse.

—¿Qué tienes?—preguntó Jorge medio dormido sintiéndola moverse.

—Estoy desvelada.

—¡Pobrecilla! Cuenta ciento sesenta al revés...

Y se envolvió cómodamente en la ropa.

Al día siguiente se levantó Jorge temprano. Estaba citado con Alonso, el español explotador de minas, para comer en "Gibraltar Restaurant".

Después de vestirse fué al comedor; eran las diez y volvió á decir á Luisa, haciendo una profunda cortesía y espaciando las palabras, ¡que no estaba puesta la mesa, que las tazas de té del día anterior estaban aun sin fregar y que la señora doña Juliana se había ido á dar un paseito!...

—La dije anoche que fuese á casa del zapatero—comenzó á decir Luisa que se estaba poniendo la bata.

—¡Ah! ¡Perdón!...—interrumpió Jorge ceremonio-

samente—me olvidé que se trata de Juliana, tu dueña y señora... ¡Perdón!

Luisa replicó:

—Pero si tienes razón... Verás... Es preciso que...

Subió á escape á la cocina, desesperada.

—Juana... ¿porqué no ha puesto usted la mesa si ha salido la otra?

La muchacha no había oído salir á la señora Juliana. Pensaba que estaba en la sala. ¡Como ahora todo lo quería hacer!

Cuando Juana sirvió á poco el almuerzo, Jorge se sentó á la mesa retorciéndose el bigote nerviosamente. Se levantó dos veces con muda sonrisa para buscar una cuchara y el azucarero. Luisa vió los músculos de su cara contraídos y se atragantaba al verle, sin poder comer; la cuchara temblaba en su mano; miraba á Jorge á hurtadillas y su silencio la hacía sufrir.

—Dijiste ayer que hoy comías fuera...

—Sí—dijo secamente, añadiendo:— ¡Gracias á Dios!

—¡Estás de buen humor!—murmuró Luisa.

—¡Ya lo ves!

Luisa palideció y tomó el periódico para ocultar unas lágrimas que temblaban en sus párpados; pero las letras giraban y sentía angustia en el corazón. De pronto llamaron. ¡Era Juliana seguramente!

Jorge se levantó.

—Debe ser esa señora... Voy á decirla dos palabras...

Y se quedó en pié, junto á la mesa, afilando lentamente un cuchillo.

Luisa se levantó temblando.

—Voy á decirla...

Jorge la cogió tranquilamente del brazo.

—No... Permítame... ¡Déjame gozar!...

Luisa cayó en la silla, muy pálida.

Los tacones de Juliana resonaron en el pasillo. Jorge afilaba tranquilamente un mondadientes.

Luisa se volvió á él y juntando las manos, dijo affigida:

—No la digas nada...

El la miró asombrado.

—¿Porqué?

Juliana abrió la puerta.

—¿Que descuido es este de irse y dejarlo todo sin arreglar?—dijo Luisa levantándose.

Juliana que llegaba sonriente, se paró en la puerta, petrificada; á pesar de su color amarillo, un golpe de sangre coloreó sus mejillas.

—¡Que no vuelva á suceder otra vez! ¿Oye usted? Su obligación es estar en casa por la mañana...

La mirada de Juliana clavándose terriblemente en Luisa, la hizo callar. Tomó el jarro con las trémulas manos y dijo:

—Ponga usted agua aquí... ¡vivo!

Juliana no se movió.

—¿Ha oído usted?—gritó de repente Jorge dando un puñetazo sobre la mesa que hizo saltar los platos.

—¡Jorge!—exclamó Luisa cogiéndole del brazo.

—¡A la calle!—siguió Jorge.—¡Hazle su cuenta y que se vaya! Ya estoy harto y no aguanto más! ¡Si la vuelvo á ver la deshago! ¡Basta ya! ¡Me llegó á mí la vez!

Fué por su abrigo, muy indignado, y dijo antes de salir:

—Que se vaya ahora mismo ¿oyes? ¡Ni una hora más! Hace quince días que la tengo atravesada aquí... ¡A la calle!

Luisa se metió en su cuarto. ¡Estaba perdida! Multitud de ideas se arremolinaban en su cerebro, como

un montón de hojas secas que sacude el viento. Quería huir y arrojarse al río aquella noche. Se arrepentía de no haberse entregado á Castro... De repente se figuró á Jorge abriendo las cartas que le entregaba Juliana y leyendo: "Mi adorado Basilio". Corrió al cuarto de Juliana á suplicarla que la perdonase, que se quedase y no la diese martirio... ¿Y Jorge? Le diría que Juliana lloró y se arrodilló... Le mentiría, le llenaría de besos... Era joven, hermosa y apasionada y le convencería...

Juliana no estaba en su cuarto. Subió á la cocina. Allí estaba, sentada, con los ojos llameantes, los brazos cruzados nerviosamente, con rabia muda en el rostro. Apenas vió á Luisa, se levantó de un salto y mostrándole el puño, chilló:

—¡La primera vez que vuelva usted á hablarme como hoy, va á ir aquí todo de cabeza!

—¡Cállese usted, infame!—gritó Luisa.

—¡Usted me manda callar! Usted, só p...!—Y lo dijo.

Juana corrió y la dió en pleno rostro tal bofetada que la hizo caer de rodillas.

—¡Pero mujer!—gritó Luisa asustada, cogiendo por los brazos á Juana.

Juliana huyó aterrada.

—¡Ay, Juana, que desgracia y que escándalo!—dijo Luisa apretándose la cabeza con las manos.

—¡La revientol!—decía Juana apretando los dientes y moviendo los brazos—¡la revientol!

Luisa daba maquinalmente vueltas á la mesa de la cocina, pálida como la cal y repitiendo toda temblorosa:

—¡Qué ha hecho usted mujer!

Juana, hirviendo de cólera, roja, movía furiosamente las trébedes.

—Si me dice una sola palabra esa sinvergüenza la acabo!

Luisa bajó á su cuarto. En el pasillo le salió al encuentro Juliana con la cara entrapajada y encendida.

—¡O esa desvergonzada se vá de aquí—gritó—ó me pongo en el portal, y cuando venga el señor se lo cuento todo!..

—¡Pues, cuénteselo usted y haga lo que quiera!—dijo Luisa pasando sin mirarla.

¡Fuera aquella desesperación y aquel odio, y acabar de una vez!

Sintió como un doloroso alivio al ver el fin de su largo martirio. Hacía meses que duraba y no valía la pena de combatir por una vida tan vil. El convento sería purificarse, y morir, purificarse aun más... Y ¿dónde estaba él, el hombre causa de su desdicha? En Paris, atusándose el bigote, bromeando, domando sus caballos, durmiendo con otras! ¡Y ella agonizaba allí estúpidamente! Y cuando le escribió pidiendo que la salvase, ni una palabra en respuesta, no juzgándola digna de gastarse el importe de un sello de correos! ¡Y decía en las tierras de Balvara, en aquel cupé:—Daría toda su vida por vivir á la sombra de sus vestidos! ¡Infame! ¡Tal vez tenía ya en el bolsillo el billete del viaje! Mientras era mujer alegre todo iba bien; pero, sufría, lloraba... ¡ah, no; eso no! Eres un animal hermoso, que me proporcionas placeres y goces... ¡Bueno, todo lo que quieras! Pero te vuelves una criatura acongojada, que necesita consuelos y unos cuantos cientos de miles de *reis*... ¡entonces, buenas noches; me voy al vapor, que espera! ¡Ah, que estúpida era la vida! ¡Con que gusto la dejaría!

Se recostó en la ventana. Estaba el día azulado y suave. El sol arrojaba su luz dorada sobre las pare-

des y el piso de la calle. Había en el ambiente suavidad reposada. El señor Paula, con sus zapatillas de alfombra estaba en la puerta del estanco. Mecida por aquel suave aire invernal, se conmovió. Todos eran felices en aquella hermosa mañana: sólo ella, ¡infeliz!, sufría. Se quedó ensimismada con vaga melancolía, con una lágrima en los párpados. De repente vió á Juliana atravesar la calle, doblar la esquina y volver á poco con un robusto gallego que llevaba un saco al hombro.

—¡Se va!—pensó Luisa. ¡Se llevaba sus baules! ¿Y luego? ¿Mandaría las cartas á Jorge, ó se las daría en el portal?

Se aterró. ¡No quería perder á su marido, su Jorge, su amor, su casa, todo! Apoderóse de ella la rebelión contra la viudez... ¡Meterse en un convento á los veinticinco años! ¡No, imposible!

Se fué al cuarto de Juliana.

Sobre la cama estaba la ropa blanca esparcida; por el suelo, botinas envueltas en periódicos viejos.

—¿Viene usted á ver si me llevo algo?—dijo la otra furiosa.—Aun me dejo aquí cuatro camisas, dos pares de calcetines, tres de medias y seis puños en la colada. Ahí está el lío. ¡Quiero mi cuenta!

—Escuche usted, Juliana: no se vaya.

Y la voz, al decirlo, se le ahogó en la garganta, saltándole las lágrimas.

Juliana la miró altiva y triunfante, con una botina en cada mano.

—¡Con echar á esa desvergonzada á la calle, se acaba todo!—dijo con su voz aguda. Y añadió sacudiendo el polvo de las botinas:—¡Quedaré todo como antes, en paz y en gracia de Dios!

Extraordinaria alegría encendía su mirada. ¡Se vengaba, hacía llorar al ama, echaba á la otra, y no perdía sus comodidades!

— ¡Que se vaya esa grosera; que se vaya!

Luisa subió lentamente á la cocina; los escalones la parecían inmensos, inacabables. Dejóse caer en un taburete, y dijo, limpiándose los ojos:

— Juana, escuche usted... No puede usted continuar en la casa.

La chica la miró espantada.

— Lo que me dijo Juliana fué en un pronto. Ha llorado y se ha arrepentido. Es la criada más antigua, y el señor la quiere mucho...

— Entonces, ¿me despide la señora? ¿Me despide?

Luisa insistió en voz baja, avergonzada:

— Fué un pronto. Me ha pedido perdón...

— ¡Y todo por defender á la señora! — exclamó afi-gida la muchacha, abriendo mucho los ojos.

Luisa comprendió la indignidad; pero dijo impa-ciente por acabar pronto:

— Bien, Juana, no hablemos más. Yo soy el ama. Voy á hacerla su cuenta.

— ¡Vaya un pago! — Y añadió resueltamente, dando con el pie en el suelo: — ¡Pues se lo diré al señor, sí, se lo diré! ¡Le contaré todo lo que ha pasado! ¡La señora no tiene razón!

Luisa la miraba callada. ¡Ahora, de aquélla, de la muchacha obediente, vendría el desastre!

— ¡Qué castigo, Dios mío, qué castigo!

Y de pronto, en su desvarío, cogió á Juana por los brazos, y la dijo junto al oído:

— ¡Váyase, por amor de Dios, Juana! ¡No diga us-ted nada, por Dios!

Y perdiendo todo respeto propio, cayó de rodillas ante la cocinera, sollozando:

— ¡Por las llagas de Cristo, Juana mía, váyase us-ted! ¡Váyase usted pronto, por Dios, Juana de mi alma!

La muchacha, asombrada, rompió á llorar.

— ¡Me voy, sí, ama mía! ¡Me iré!...

— ¡Sí, Juana, sí! La daré algo... ¡Ya ve usted!... Pero no lllore usted... Espere.

Bajó corriendo á su cuarto, sacó de la gaveta dos libras esterlinas de sus ahorros, y subiendo á escape las escaleras, se las puso en la mano, diciéndola bajo:

— ¡Hágase usted un corpiño, y mañana le manda-ré el baúl!

— ¡Sí, — decía la otra sollozando. — ¡Sí, señorita de mi alma!

Luisa fué á caer de bruces sobre su *chaise lon-gue*, llorando, deseando la muerte, pidiendo aterra-da á Dios que se apiadase de ella.

La voz áspera de Juliana dijo desde la puerta:

— Conque, ¿en qué quedamos?

— En que se va Juana... ¿Qué más quiere usted?

— Que se vaya ahora — dijo imperiosamente. — La comida la haré yo... por hoy, por supuesto.

El llanto de Luisa se secó de ira.

— Y ahora, oiga la señora.

El tono de Juliana era tan insultante, que Luisa se alzó como azotada por él.

Juliana, altiva y amenazándola con el dedo, la dijo:

— ¡La señora ha de andarme derecha; si no, canto!

Y volvió la espalda y se fué taconeando.

Luisa miró deslumbrada, como si un rayo hubiese atravesado el cuarto; pero todo estaba inmóvil; ni un pliegue del cortinaje se movía y los dos pastorci-llos de porcelana sonreían pretenciosamente sobre el tocador.

Se quitó la bata, se puso un vestido, sin apretarse el corsé, y encima un abrigo de invierno, y corrió casi toda la calle enredándose en el vestido.

El señor Paula sahó al arroyo para seguirla; la